

en la voz de muchos y en utopía lúcida de voz de todos, si se es hombre cabal, si no se difumina el sol calentador de esperanzas. Vicente Aleixandre, que tuvo que alejarse de acciones combatientes, a causa de su salud delicada, rechazó los obstáculos y se unía a quienes defendían entre peligros de muerte la hermosa vida del pueblo. Y eso le unía a Miguel Hernández como le agrupaba a los milicianos de España leal.

Otro amigo, otro poeta joven, otro río de poesía que la muerte se llevó arrastrándole por caudales que nunca se secan, otro poeta con sangre juvenil y una salud enfermiza. Léase atentamente la *Evocación de José Luis Hidalgo*: «Me parece que le estoy viendo, oyendo su voz en aquellas soleadas mañanas madrileñas, cuando venía a continuar mi retrato... mirando su rostro bañado en la luz transparente, ¡qué claramente vi cómo era y a lo que se asemejaba! Rostro cenceño, ardido, consunto. Como si todo él hubiese sido pasado por una llama... Leía sus versos con infinita castidad en la voz. Una mano larga, amarilla, pobre, sostenía el papel donde las letras violentamente enrejadas sobre la blancura parecían querer denunciar una lucha contra un destino. Pero su voz no patetizaba. Por ella pasaba el envío, y la física voz sonaba, corporal, encerrada en el presente ser vivo que tenía un nombre, un hueso, una carne, un accidente. Pero otra voz resonaba más honda, otra voz sin garganta, que todos oíamos en la ronca voz de José Luis. Plateado y tranquilo está aquí su nombre. Su definitiva materia en otra parte duerme. Un cielo mezclado con azul turbio, con indescifrable gris de arcano, vela sobre la tierra donde no se oculta, donde se entrega, donde serenamente descansa» (OC, p. 1282).

El tono aleixandriano, y el poeta trágicamente inscrito en sus propios versos de «Los muertos». Tiempo y vida de un poeta, testimonio y el fuego, hasta enfermar, hasta morir. La palabra poética no pudo detener la agravación de la enfermedad. Y ya hemos leído ese cielo y azul, tierra de morir, en la evocación aleixandriana, cariñosa y justa.

¿Poetas con sangre más o menos joven, pero poesía en vida? Con nombre, en semblanzas o en retratos, en pareceres o poemas varios, la memoria aleixandriana ha dejado suficientes ejemplos. Poesías elegíacas, prosas encendidas, amistad con alas de plenitud. Lo iniciado en *Nacimiento último*, de 1927-1952, en donde hay presencias como Emilio Prados y Gabriela Mistral y Pedro Salinas, se prosigue en *Retratos con nombre*, de 1958-1965, y en *Poemas varios*, de 1927-1967, y en *Los encuentros*, de 1954-1958, y en *Nuevos encuen-*

tros, de 1959-1967. Ya no se trata de los compañeros del grupo de 1927, sino también de otros poetas, cuya orientación profesional es más reciente, más joven. Y ahí figuran algunos poetas que, por una u otra razón, han estado en relaciones constantes y no episódicas con el poeta de la calle Velintonia; el resultado se lee en admirables textos que el afán de recordar de Vicente Aleixandre ha ido escribiendo a lo largo de muchos años. Tesonero triunfo de la fiel memoria, que busca claridades, que las une con luces del día triunfante del vivir. El poeta nos ofrece la palabra del conocimiento y del amor. Con emoción. Con dolor de activa combustión. Con angustia de la inevitable consumación.

FIRMA ULTIMA

Suspense se queda el fulgor de los textos, estancia crítica del poeta en sus recuerdos, en conocer ansioso que con pasmo creciente va recorriendo los paisajes de la vida humana, y al ir acercándose la fase del hombre que se acaba, destrucción o amor, ay de las venturas tan soñadas siempre, una comprensión va surgiendo de una consumación que es total en la muerte, poesía y sueño, albas y noches, tal vez haya muerto el alba, tal vez domine la noche, otras amanecidas habrá, el poeta se alumbrará con recuerdos de dolor y de gozo, amor de amores, cántico que continúa impasiblemente la trayectoria de la interioridad sensible, Vicente Aleixandre ya como si se viese empujado y arrinconado, memoria fértil, memoria que un día se vuelve inevitablemente desleal, afán con rabiosa lucidez, acto voluntario que se alcanza en quien sabe, en quien conoce, en quien vive, en quien sueña, y todo eso lo engloba y resume el quehacer de la biopoemática, calles y pueblos y ciudades y universo entero, calor y frío, poesía en verso y en prosa, luz para los hombres, claridad para la vida, amistad ahora y otra vez, ahora y de nuevo amistad, dialogar, verse, hallarse, estar ante los amigos, ante los demás y no tan sólo monólogo sin conversación ante el espejo, la realidad pura y sencilla, la realidad turbia y compleja, poesía aleixandriana angustiosamente apasionada, el texto y la verdad de los recuerdos, grupos generacionales, que sea el de 1927 o el de años de posguerra o el de la poesía malherida en 1936-1939, qué más da, poesía coexistente, compartidora, solidaria, esperanzadamente se coloca el texto junto al existir de hombres, voz dialogante y dialogadora, con la muerte sobre todo, y ejemplo que quise dejar para el final, es un poema que Vicente Aleixandre escribió pensando en

Miguel Hernández, texto tejido entre lo anónimo y lo concreto, amistad con nombre y sin nombre, música escuchada como individualidad o como público, uno y todos, el poema en su floración motivada por la amistad con Miguel Hernández, el poema callado, el poema de voz enronquecida por el dolor, palabras que se refieren a quien en amistad y vida supo ser puntual, «puntual, con puntualidad que podríamos llamar del corazón», amorosa voz de seres que diariamente gozan muerte. Lo curioso es que no diera Aleixandre referencia concreta a su poema, homenaje inmensamente sincero y triste, pero en nidos de lo anónimo, elegía y tristeza en un himno que sirven acaso de epitafio. ¿Quiso Aleixandre establecer un paralelismo en el título de su poema, como hizo Miguel Hernández en algunas de sus composiciones poéticas? Debe advertirse, sin embargo, que el poeta levantino escribió varias elegías; todas conllevan elementos de referencias muy concisas y precisas. Emocionante profundidad del acento elegíaco, como «Elegía», de *El rayo que no cesa* (1934-35), y con advertencia clara de que se trata de Ramón Sijé; o como «Elegía», de 1934-35 asimismo, texto no incluido en el libro y que corresponde claramente a una amiga panadera, lo precisa el poeta en aclaración, la panadera del horno de los Fenoll como es sabido; o como «Elegía primera», de *Viento del pueblo* (1937), y que ofrece en su dedicatoria la referencia directa: Francisco García Lorca, además de alusiones también directas en una u otra estrofa del poema elegíaco. Párese de contar, ya no hubo más elegías en la producción miguelhernandiana. Y relaciónese esas elegías con nombre a la «Elegía» aleixandriana, elegía sin nombre. Pero no cabe duda de que el poeta pensó en su amigo Miguel Hernández. Y se ha escrito que «Aleixandre dedicará a tan ejemplar amigo una hermosa elegía, que publicaron los *Cuadernos de las Horas Situadas*, de José Manuel Blecua» (21), y que ruego se me perdone que cite en su totalidad, poema hermoso y significativo del afán de recordar aleixandriano, soñadoramente y vívidamente solidario con el pobre Miguel. Poesía de sufrimiento en el momento justo en que lo necesita la memoria:

ELEGIA

I

*No lo sé. Fue sin música.
Tus grandes ojos azules
abiertos se quedaron bajo el vacío ignorante,
cielo de losa oscura,*

(21) Cfr. Leopoldo de Luis: *Vida y obra de V. Aleixandre* (Espasa-Calpe, Madrid, 1978, p. 140). Elegía que figura en *Nacimiento último*.

*masa total que lenta desciende y te aboveda,
cuerpo tú solo, inmenso,
único hoy en la Tierra,
que contigo apretado por los soles escapa.
Tumba estelar que los espacios ruedas
con sólo él, con su cuerpo acabado.
Tierra caliente que con sus solos huesos
vuelas así, desdeñando a los hombres.
¡Huye! ¡Escapa! No hay nadie;
sólo hoy su inmensa pesantez da sentido,
Tierra, a tu giro por los astros amantes.
Sólo esa Luna que en la noche aún insiste
contemplará la montaña de vida.
Loca, amorosa, en tu seno le llevas,
Tierra, oh Piedad, que, sin mantos, le ofreces.
Oh soledad de los cielos. Las luces
sólo su cuerpo funeral hoy alumbran.*

II

*No, ni una sola mirada de un hombre
ponga su vidrio sobre el mármol celeste.
No le toquéis. No podríais. El supo,
sólo él supo. Hombre tú, sólo tú, padre todo
de dolor. Carne solo para amor. Vida sólo
por amor. Sí. Que los ríos
apresuren su curso; que el agua
se haga sangre; que la orilla
su verdor acumule; que el empuje
hacia el mar sea hacia tí, cuerpo augusto,
cuerpo noble de luz que te diste crujiendo
con amor, como tierra, como roca, cual grito
de fusión, como rayo repentino que a un pecho
total único del vivir acertase.
Nadie, nadie. Ni un hombre. Esas manos
apretaron día a día su garganta estelar. Sofocaron
ese caño de luz que a los hombres bañaba.
Esa gloria rompiente, generosa que un día
revelara a los hombres su destino; que habló
como flor, como mar, como pluma, cual astro.
Sí, esconded, esconded la cabeza. Ahora hundida
entre tierra, una tumba para el negro pensamiento cavaos,
y morded entre tierra las manos, las uñas, los dedos
con que todos ahogasteis su fragante vivir.*

III

*Nadie gemirá nunca bastante.
Tu hermoso corazón nacido para amar
murió, fue muerto, muerto, acabado, cruelmente acuchillado de odio.*

*¡Ah! ¿Quién dijo que el hombre ama?
¿Quién hizo esperar un día amor sobre la Tierra?
¿Quién dijo que las almas esperan el amor y a su sombra florecen?
¿Que su melodioso canto existe para los oídos de los hombres?
Tierra ligera, ¡vuela!
Vuela tú sola y huye.
Huye así de los hombres, despeñados, perdidos,
ciegos restos del odio, catarata de cuerpos
crueles que tú, bella, desdeñando hoy arrojas.
Huye, hermosa, lograda,
por el celeste espacio con tu tesoro a solas.
Su pesantez, al seno de tu vivir sidéreo
da sentido, y sus bellos miembros lúcidos para siempre
inmortales sostienes para la luz sin hombres.*

Toda la pasión de la memoria aleixandriana se halla en este poema; toda su hermosa floresta de recuerdos, vivencias y lecturas. Porque rezuma presencia miguelhernandiana, palabras y hasta metáforas angustiosamente entresacadas de la obra miguelhernandiana. Memoria que se desperdiga con sus simientes de dolor y desaliento. Un poeta muerto, una vida truncada, un amor destruido, ese cotidiano esfuerzo de amar y sobrevivirse, ese fragante vivir que todos ahogasteis, un poeta con vida sólo por amor y que por amor fue muerto. Memoria tensa y como al acecho de peligros. Si elegí esta elegía de Vicente Aleixandre lo hice basándome en dos consideraciones: la ternura amistosa y durable hacia lo miguelhernandiano, y la estela biográfica de un hombre, y ambas consideraciones me ayudan a subrayar la clarísima solidaridad aleixandriana. Incluso en un texto anónimo brillan los recuerdos de una aventura humana asumida y compartida. Entrañablemente, Vicente Aleixandre, con su memoria azotada por vendavales, acosada por uñas y manos y miradas. Vicente Aleixandre, en su denodado afán de recordar, memoria cuyo patetismo a todos nos alcanza, a todos nos inunda de luz y de historia tormentosas y atormentadas.

JACINTO LUIS GUEREÑA

37, avenue Marcel Castié
TOULON (Var- Côte d'Azur)
(Francia)